

MATERIAL DE DISCERNIMIENTO DE JOSEP RAMBLA 2011

1. Texto: "El viento sopla donde quiere" (10 páginas)
2. Texto: "Aclararse en el caos de los sentimientos" (3 páginas)
3. Texto: "Discernimiento cristiano" (1 página)
4. Texto: "Discernimiento en común" (1 página)

Josep M. Rambla Blanch, S.J.

EL VIENTO SOPLA DONDE QUIERE... (Juan 3, 8)

1. EL DISCERNIMIENTO

Asumir nuestra condición humana, nuestra dignidad

La capacidad de discernir está profundamente arraigada en la dimensión evolutiva e histórica del cristianismo, un crecimiento hacia la plenitud de Cristo (cf. Ef 4,12-13.16), un progreso hacia la verdad completa, todo ello bajo la guía e impulso del Espíritu (Jn 14,26; 16, 13).

Sin embargo, el viento sopla, pero no es fácil descifrar hacia donde va (cf. Juan 3,8). Y esta dificultad no es propiamente un problema, sino la síntoma de la condición de la persona que vive en este mundo, donde los espíritus, los aires, son muy diversos y conviene no dejarse llevar indistintamente por cualquiera de ellos (1 Jn 4,1). Quizá hoy somos más conscientes de todo esto y es signo de madurez esta búsqueda de lucidez personal para no guiarse por normas o leyes exteriores, sino por esta especie de "sentido existencial" (Karl Rahner) que los antiguos llamaban discernimiento. Mal síntoma es la situación de las personas que o no son conscientes de la gran variedad de *inputs*, de aires que soplan en nuestra sociedad y en la Iglesia o que se dejan llevar de modo infantil, incapaces de una opción personal. Ya el Gran Inquisidor sostenía que la libertad es nuestra condición humana y al mismo tiempo la carga más pesada que hemos de llevar...

El Espíritu sopla donde quiere

La Iglesia ha cantado durante siglos que el Espíritu llena el universo. Con razón, porque no hay espacios que monopolicen la presencia y acción del Espíritu. Esto es una gracia antes que una responsabilidad. No necesitamos ni templos, ni conventos, ni casas de espiritualidad; ni tampoco

actividades específicamente religiosas como la oración o los sacramentos para que el Espíritu se nos acerque y haga sentir su impulso y su llamada. Santa Teresa del Niño Jesús confesaba que, a pesar de dedicar cada día mucho tiempo a la oración, Dios, el Espíritu, se le hacía sentir en momentos y lugares ajenos a la oración. Jesús le dijo a la samaritana que ya no hay que buscar a Dios “en este monte o en Jerusalén”, porque se ha eliminado la ruptura entre lo sagrado y lo profano (cf. Jn 4,19-24).

Como los discípulos, que todavía no habían comprendido el misterio de la resurrección del Señor, que es el sí al mundo y a la vida, tal vez buscamos todavía en exceso “al que vive entre los muertos” (cf. Lc 24,5) El Espíritu está activo en las escaleras del metro, en la autopista, en el supermercado, en la sala de espera del médico, en el estadio... El Espíritu realiza el “Dios con nosotros”. Esto es sumamente consolador, cuando a veces nos invade un sentimiento de ausencia de Dios. Hay una pregunta que nos deberíamos repetir de vez en cuando: ¿creemos que este mundo nuestro, el de hoy, es el lugar de Dios, presente por su Espíritu? Es la cuestión previa y decisiva que se halla íntimamente unida a la necesidad del discernimiento. Tal vez en la distinta respuesta encontraríamos la verdadera división entre creyentes y no creyentes, entre cristianos y no cristianos y, luego, entre practicantes y no practicantes. Pero si estamos convencidos de que el Espíritu actúa en este nuestro mundo, hay dos condiciones que se nos imponen: el silencio y la discreción.

Dos exigencias: silencio y discreción

En la práctica, no acabamos de tener una concepción evangélica de la espiritualidad, sino que la mutilamos y la reducimos a determinados campos llamados “espirituales”. Consecuentemente, no estamos atentos al Dios de las sorpresas, el que nos sale al encuentro cuando quiere, donde quiere y como quiere. Esta es, pues, la primera condición del discernimiento, el silencio. Un silencio que no es callar, no es la incapacidad de comunicación o el mutismo, sino una disposición humana, existencial. Se ha hablado a menudo de la espiritualidad evangélica como una espiritualidad de los ojos abiertos. Era el estilo de Jesús, que actuaba porque se daba cuenta de los que ocurría a su alrededor: del hambre de la gente, de la soledad de la mujer que entierra a hijo único, del apuro de los novios que ven que se les acaba el vino en la fiesta de bodas, de la generosidad de la mujer que echaba una monedita que era todos sus bienes en el cepillo del templo, del cansancio de los discípulos después de unos días de actividad misionera, etc. El silencio es algo que podemos practicar, mejor, hemos de vivir, durante el día siendo receptivos de los mil impactos que el entorno y nuestra propia vida nos emite. No es necesario hacer elucubraciones de ningún tipo, simplemente percibir la realidad en la calle, en el metro, en la oficina, en la carretera... Si no percibimos, si no captamos lo que se nos presenta, no podremos hacernos cargo de lo que Dios nos dice en el cada día un Dios para comunicarse con nosotros.

Sin embargo, si percibimos, pero no interpretamos, no discernimos, no llegamos a reconocer lo que Dios quiere significarnos en la vida. Por tanto, junto al silencio de la atención se requiere la capacidad de descifrar el lenguaje del Espíritu. Aquí es donde tienen lugar las distintas orientaciones que a través de los siglos se han ido acumulando en el arsenal de la

espiritualidad cristiana. Son orientaciones que Ignacio de Loyola recogió y ordenó, a partir de su propia experiencia espiritual y de lo que le enseñó la práctica de ayudar a otros, junto con el estudio.

El Espíritu es el Espíritu de Jesús

Ahora bien, sólo podemos descifrar los sentimientos espirituales en sintonía con Jesucristo. La interpretación se ha de realizar siempre con referencia a la vida y a la palabra de Jesús, acogidas y actualizadas en el contexto del mundo de hoy, Para descifrar hemos de afinar el oído en la escuela de Jesús, porque el Espíritu es el Espíritu de Jesús: nos lo recuerda y actualiza, lo prolonga a través de los siglos y de las distintas culturas y épocas (cf. Jn 14,26; 15,26). Podríamos decir que Cristo, su palabra y su vida, son el norte que nos orientan sobre la dirección del Espíritu: buscar, crear, realizar en la dirección de la palabra y la vida de Jesús. Por tanto, el discernimiento tiene siempre una dimensión pneumatológica (atención a los sentimientos y luces interiores) pero, a la vez, una dimensión cristológica (confrontación con la vida y palabra de Jesús, actualizadas en el hoy del mundo).

2. LA PRÁCTICA DEL DISCERNIMIENTO

La dirección del viento

El viento del Espíritu es un viento que no arrasa, sino que vivifica y construye. Con esto ya se tiene una primera orientación para descubrir si los aires que soplan son los del Espíritu o no. Aquellos sentimientos o luces que abren el corazón de una persona que se halla de forma habitual en la dirección del reino de Dios y su justicia son indudablemente impulsos del Espíritu. Y, de lo contrario, la persona que experimenta bloqueos y desaliento en este camino de fidelidad a la llamada de Jesús a su seguimiento hacia metas nuevas o hacia compromisos más evangélicas no debe dejarse arrastrar por esos sentimientos o luces.

El Espíritu no siempre tranquiliza

Ya se ve, por lo que acabamos de decir, que si el Espíritu mueve y alienta en la dirección de la palabra y la vida de Jesús, su acción no siempre ha de ser tranquilizadora. Es cierto, el Espíritu es el dador de la paz, pero la paz que nadie puede dar sino Jesús (cf. Jn 14,27). Por tanto, una vida que se desarrolla en dirección contraria a lo que nos muestra la vida de Jesús y su palabra, es normal que se sienta perturbada al contrastarse con lo que le sugiere e inspira Cristo.

Esta precisión es muy importante porque hay una cierta tendencia a identificar con la paz del Espíritu cualquier tipo de tranquilidad, sosiego, alegría... ¿Cómo puede ser la paz de Cristo la que se produce en una persona o en un grupo que vive a espaldas de la realidad que Jesús ha escogido como lugar de encuentro privilegiado con él, los pobres? La persona que en una situación como la descrita, si al escuchar la palabra del evangelio o al recibir el impacto de alguna realidad social actual (hambre, marginación, mujeres maltratadas, despidos laborales despiadados, etc.)

experimenta un cierto desconcierto y desazón y algo se le remueve por dentro, ha de pensar que es el Espíritu quien le inquieta, para abrirle el camino de la verdadera paz.¹

Significado de las consolaciones y desolaciones

Cuando en lenguaje espiritual clásico se habla de “consolación” se considera también las lágrimas de dolor, por los pecados, por la pasión de Cristo o por alguna acción cristiana. Cuando Jesús derramaba lágrimas ante el sepulcro de Lázaro o se le removían las entrañas ante la miseria e injusticia que sufría la gente, experimentaba algo muy positivo. Las lágrimas de san Agustín por sus pecados y por haber conocido demasiado tarde el amor de Cristo, las lágrimas de Teresa de Jesús en la contemplación de los dolores de Jesús en su pasión, las lágrimas de Iñigo cuando, bajando de Montserrat, ve que maltratan a un pobre, son verdadera consolación espiritual, ya que expresan unos sentimientos profundamente cristianos y ayudan a quien los experimenta a arraigarse más en la dirección de una vida evangélica, a seguir mejor a Cristo². Paralelamente, la llamada desolación no es siempre un sentimiento amargo o doloroso. A menudo puede ser el bienestar de la atonía, de la insensibilidad ante el dolor ajeno, de un *dolce far niente* en la vida. Lo que la define es sobre todo su tendencia a llevarnos en dirección contraria a la del evangelio³.

También conviene destacar que la consolación o la desolación no indican un determinado nivel, más alto o más bajo, de vida espiritual, ya que a veces se experimenta la desolación en etapas de gran madurez cristiana, como lo muestran la historia de santos como Teresa del Niño Jesús o la Madre Teresa de Calcuta, atormentadas duramente en su fe en los últimos tiempos de su vida.

Consolaciones y desolaciones en medio de la vida

Conviene hacer una traducción de los distintos sentimientos o mociones espirituales a circunstancias de la vida ordinaria, sin limitarnos a los de la interioridad, como suele hacerse. Veamos algunos ejemplos de *consolación* a título indicativo:

- Vivir con una cierta connaturalidad la fe y la familiaridad con Dios en medio de los quehaceres diarios (familia, profesión, descanso, etc.).
- Experimentar unidad en los distintos momentos del día: pasar con facilidad de la oración al trabajo, de la vida individual a la comunitaria, de lo eclesial a lo social, etc.
- Sentir dolor profundo por la exclusión y la injusticia que padecen los pobres.
- Vivir con sentido teológico las distintas dimensiones de la existencia personal: ver las cosas desde la fe, esperar en medio de la desesperanza ambiental, amor cada vez más gratuito y desinteresado y sin acepción de personas.
- Hallarse habitualmente con una alegría y paz profundas, serenas...

¹ Ejercicios Espirituales, 314-315.

² Ejercicios, 316.

³ Ejercicios, 317.

En cuanto a las *desolaciones*, indico estos ejemplos:

- Experimentar oscuridad y falta de sentido en el apostolado, en el compromiso, en la familia, etc.
- Sentir turbación o desazón en el clima eclesial y político envolventes o ante las perspectivas de futuro de la fe o de la familia.
- Hallarse en una inclinación progresiva a pasarlo bien, a compensaciones afectivas no concordes con el evangelio, a apego creciente al dinero, etc.
- Inquietud de fondo al sentir menos el peso de la fe y del evangelio en la vida, con una tendencia a abandonar el estilo de vida evangélico propuesto.
- Desidia y flojera en todo lo que uno hace: trabajo, familia, Iglesia, vida interior, etc.;
- Impresión de que Dios está lejos, de que estamos dejados de su mano....

Progreso en la vida cristiana

El discernimiento puede llevar a la toma de decisiones, como fin de un proceso. Pero a lo largo de la vida, como Dios nos sale al encuentro sin cesar, el discernimiento lleva consigo, en primer lugar, un cierto adiestramiento y ayuda para el progreso en la vida espiritual o vida de fe. Y es un modo de hallar a Dios no a través de reflexiones, sino a través de “mociones”, las consolaciones y las desolaciones.

Los momentos de *desolación* pueden significar un aldabonazo para salir de la atonía o frialdad espirituales o de la falta de compromiso serio en la sociedad: o tal vez una invitación a la confianza en medio de un entorno de decepción y desesperanza; o un impulso para mantener el esfuerzo en la tarea social, en el voluntariado o en el quehacer político; un aprendizaje de la gratuidad tan necesaria en muchos campos de la vida (en la vida familiar, en la colaboración en tareas sociales, en la dedicación a los ancianos, etc.). Y en momentos de *consolación* una persona ha de aprender la alegría de la humildad, es decir, el reconocimiento agradecido del don recibido, actitud que se manifiesta en un talante positivo con todo el mundo y en la comprensión con las personas más débiles. También puede ser una buena ocasión para reafirmarse en la línea de un compromiso serio, con el esfuerzo consiguiente; también una oportunidad para aportar con sencillez una colaboración más generosa a iniciativas que requieren constancia y entrega desinteresada.

3. DISCERNIR EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Carta de navegar

El discernimiento es algo personal, ya que Dios nos conoce a cada uno por nuestro nombre y se nos comunica de forma individual e irrepetible. Sin embargo, hay “aires epocales” que pueden constituirse en llamadas o en riesgos comunes en el camino del seguimiento de Cristo en la búsqueda del Reino de Dios. Veamos algunos de estos aires, que soplan en un sentido u otro.

Buena Noticia para los pobres. El evangelio es Buena Noticia para todo el mundo y esto es ya un principio universal para el discernimiento, ya que la Buena Noticia no puede ser amenaza para nadie. Sin embargo, también es cierto que, según el Nuevo Testamento, el mensaje de Jesús y el contenido del seguimiento de Cristo han de ser una Buena Noticia sobre todo para los pobres. Tal vez hoy podría inspirarnos a muchos el ejemplo de Zaqueo, que vivía unas condiciones materiales acomodadas y una posición social privilegiada, y al encontrarse con Jesús se sintió impulsado a practicar con hechos inequívocos la justicia y a compartir generosamente.

La solidaridad, factor religioso. Aún dando por supuesto que la solidaridad es una exigencia de humanidad, la experiencia religiosa cristiana conlleva un nuevo y profundo impulso de solidaridad, ya que es comunión trinitaria, es decir, participación en la misma comunión y fuente de comunión. La solidaridad es, pues, un test de la autenticidad de nuestra fe, fundada en el bautismo que es inmersión en el misterio trinitario.

La codicia, una idolatría. Una de las raíces más fuertes de la crisis actual ha sido la codicia., como han sostenido muchos análisis y comentarios. Y la codicia no es *especialidad* de nuestra época. Jesús nos advertía de que el dinero era el adversario de Dios (“no se puede servir a Dios y al dinero”) y la carta a los Colosenses afirma que “la codicia es una idolatría”. Es decir, el dinero y el tener no sólo son adversarios de Dios sino simplemente los sustitutos de Dios. Sin embargo, la tradición cristiana ha puesto el acento en los dos polos de codicia y pobreza de espíritu, para indicar que lo que nos amenaza no es tanto algo exterior a nosotros, el dinero, sino la inclinación no controlada hacia el *tener*. La historia nos muestra cómo a menudo han sido pobres los que acaban sentándose en las poltronas de los poderosos y explotadores... La espiritualidad ignaciana ha aprendido de los Ejercicios que el derrumbe de la vida cristiana empieza por la “codicia de riquezas”.

El individualismo. La inseguridad del futuro, aumentada por la actual situación de crisis, fomenta el que cada uno vaya a lo suyo y debilite el sentido de solidaridad (se habla de la *erosión de la solidaridad*), que es la base para la construcción de una sociedad verdaderamente humana, y cristiana. La competitividad invade no sólo el mundo de la empresa y de los negocios, sino el del trabajo, el aprendizaje y los estudios, la cultura... El paso del yo al nosotros no es fácil y por tanto se esquiva casi insensiblemente. El *realismo*, ¡no ser *utópicos!*, decide muchas de las opciones que uno toma de modo ordinario... Y todo alimentado por un pragmatismo que sólo mira a lo inmediato, a lo útil, a lo verificable. Señal de alerta: ¡No somos islas!

Los engaños de hoy. La tradición espiritual cristiana ha insistido en que hay que estar muy vigilantes ante los engaños con apariencia de bien, o del “mal disfrazado de bien”. Es algo que suele amenazar sobre todo a personas que obran en la vida con intención de hacer el bien. En estas personas no suele darse el peligro de deslizarse hacia conductas claramente corruptas. Lo que puede influirles son los espejismos que se les cruzan en el camino. Veamos algunos ejemplos:

- *Proclamación insistente de grandes principios.* Se trata del riesgo de contentarse con afirmaciones generales o con la proclamación de ideas de auténtico valor (democracia, Papa, derechos humanos,

Vaticano II, Iglesia, etc.), pero sin llegar a concreciones operativas. Refugio, quizá inconsciente, del miedo, de la falta de compromiso, de la comodidad; o también una manera solapada de defender intereses propios.

- *Exhortaciones abstractas o generales.* La exhortación insistente a la práctica de determinadas conductas, pero sin ofrecer caminos concretos para la realización eficaz de ellas. Por ejemplo, la llamada a la opción por los pobres, a la participación comunitaria, a la oración en medio de la vida de hoy, etc. Esto resulta inoperante al no proponer realizaciones válidas y contextualizadas y, a veces, conduce a una entrega generosa, pero poco lúcida que acaba en cansancio y abandono. El discernimiento es una sabiduría práctica que culmina no en los principios, sino en las mediaciones.
- *Razones que no son los verdaderos motivos.* La facilidad con que nos montamos teorías sobre decisiones que tomamos o comportamientos que seguimos. Como no podemos alejarnos de la línea de conducta que hemos asumido y profesamos, tendemos a racionalizaciones que sólo en apariencia cubren nuestra conducta o, peor, encubren nuestra incoherencia o egoísmo.
- *Mitos y modas.* Cada época tiene personas o ideales que cobran especial relieve y casi seducen. Se trata de auténticos testigos y de corrientes sociales o eclesiales que nos inducen a una vida más humana, más solidaria, más cristiana. Con todo, corremos a menudo el peligro de un cierto mimetismo en lo personal y de gregarismo en lo colectivo. Nadie puede cerrar los ojos y el corazón a personas como Gandhi, Helder Cámara, Oscar Romero, Pedro Arrupe, Alfonso Comín, Rigoberta Menchú, Etty Hillesum, Simone Weil, etc. Tampoco nadie puede ignorar las interpelaciones del tercer mundo, de la exclusión social en las grandes ciudades, de la crisis económica y social del momento, de la actual búsqueda sincera de espiritualidad... Pero el riesgo se halla en tomar decisiones particulares o colectivas que no respondan al contexto en que se mueven las personas o los colectivos que han de decidir. ¿Cómo acoger en Europa, sin concesiones fáciles o adulteraciones del mensaje recibido, la interpelación que nos viene de América Latina o de África? ¿Qué dice en concreto el testimonio de Casaldàliga a unos profesionales que ejercen en medio de una de nuestras ciudades modernas?

El lugar social

La mirada a la realidad ha de ser lo más objetiva posible. “Un error acerca del mundo redundará en error acerca de Dios”⁴. Sin embargo la mirada al mundo siempre está condicionada por el lugar desde donde se la contempla: el ambiente, las ideas, la formación, la situación social o familiar, etc. De aquí la importancia en el discernimiento de superar dichos condicionamientos, empezando por la sospecha sobre la propia objetividad. Desde luego, la oración para implorar un corazón limpio es ya un buen medio. Pero, hay que recurrir a otros medios como el diálogo abierto con personas de otras ideas o culturas, la inserción en el mundo de la pobreza real, experiencias personales de colaboración en acciones sociales, vivir

⁴ Tomás de Aquino, *Summa contra Gentes*, II, 3.

algún modo de pobreza como ayuda al conocimiento de la realidad *real* de los pobres, que son la mayoría la humanidad. En nuestra sociedad hemos de tomar conciencia de que el mundo es todo lo que no es el *primer mundo*, la inmensa mayoría de la humanidad. En cualquier caso no olvidar la advertencia machadiana de escuchar a nuestro complementario que es *nuestro contrario*.

4. ALGUNOS SUJETOS DE DISCERNIMIENTO

La comunidad cristiana

Las comunidades cristianas primitivas se reunían no sólo para celebrar la eucaristía o para orar, sino para deliberar juntas. En estas reuniones tomaban conciencia en común de los hechos o cuestiones que se planteaban, enfocaban estos asuntos a la luz de la palabra de Dios, dialogaban sobre ello y decidían, en clima de una gran confianza en la bondad de Dios. Así se puede ver en los Hechos de los Apóstoles cuando la comunidad ha de elegir al sustituto de Judas, cuando delibera sobre la necesidad de crear unos diáconos, cuando ha de enviar a algunos de ellos a evangelizar más allá de Jerusalén, cuando ha de afrontar los problemas surgidos entre los judaizantes y los cristianos provenientes del mundo pagano.

Esta actitud de las primeras comunidades es lo que hoy debería fomentarse y prepararse si no queremos que la Iglesia como comunidad vaya anquilosándose y convirtiéndose en una realidad más o menos imponente y poderosa, pero pierda toda significación en una sociedad que tiene resueltos todos los problemas y que está necesitada todavía de *sal* y de *luz* evangélicas. Por tanto, se deberá avanzar mucho en el análisis de las realidades que sean objeto de discernimiento, con la máxima participación de las personas de la comunidad; progresar en la experiencia de una oración inspirada en la Palabra, pero arraigada en lo cotidiano; realizar una reflexión serena y compartida sobre los signos de Dios; crecer en capacidad de diálogo abierto, dejándose interpelar por los demás, ya que no se trata de convencer, sino de buscar decisiones operativas, aunque modestas. Esto vale para comunidades o movimientos apostólicos; para comunidades religiosas, con sus reuniones y capítulos o asambleas; para consejos de todo tipo (pastorales, arciprestales, presbiterales...), para planificaciones pastorales, etc

La dimensión pastoral de la comunidad cristiana alcanza a la dimensión pública de la vida, es decir, la política. “A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas, y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso”⁵. Muchas veces el discernimiento es individual, pero lo más corriente es la comunidad cristiana la que ha de pronunciarse en distintos momentos. Tanto la praxis como la

⁵ Pablo VI, *Octogesima Adveniens*, 4.

reflexión en este campo es todavía demasiado escasa, pero algo se ha avanzando⁶.

El ejercicio de la autoridad

La autoridad en la Iglesia es un servicio a la vida creyente de la comunidad y a la evangelización. No cabe, pues, duda de que deba ser un servicio espiritual, en el sentido fuerte de la palabra. Ciertamente, hay distintos tipos de autoridad y distintas formas de participación en su ejercicio, pero como la autoridad no es nunca soberana en la Iglesia, sino que se ha de guiar por el evangelio y la luz del Espíritu, en el proceso hermenéutico que lleva al conocimiento de la voluntad de Dios la comunidad, responsable también de la realización de los designios de Dios, debe participar de algún modo.

No entro en la distinción entre la autoridad propia de obispos y papa y la autoridad en las distintas formas de comunidad cristiana con sus constituciones y reglas propias. Lo indudable es que quienes ejercen la autoridad no deben excluir toda forma de participación en el proceso de discernimiento. Y, además, aun admitiendo que en determinados casos la autoridad tiene capacidad deliberativa y, por tanto, la participación comunitaria es de algún modo sólo consultiva, no se debe prescindir de la luz que aporta el discernimiento de grupos y comunidades. En este caso quien ejerce la autoridad, decidirá libremente, pero a la luz del discernimiento comunitario.

Estas palabras recientes de un obispo en un escrito sobre la crisis económica expresan bien como integrar la colaboración de la comunidad en el discernimiento de la autoridad: “Después de haber escuchado voces autorizadas de cristianos insertos en el mundo laboral y económico, aprovechando distintos informes relativos al caso, y con la voluntad de hacer un discernimiento a la luz del Evangelio, creemos poder ofrecer las siguientes consideraciones”⁷.

Cristianos adultos e Iglesia viva

Ciertamente, la práctica del discernimiento para tomar decisiones propiamente evangélicas no debe banalizarse aplicándolo a cuestiones, para cuya solución sólo se requiere sentido común. Por esto ya san Benito sostenía que a la comunidad sólo se la debía convocar para asuntos graves, dejando a algunos delegados los más sencillos⁸. Y San Francisco de Sales, partiendo de la clásica comparación del discernimiento con la operación del cambista, que distingue las monedas auténticas de las falsas, decía que no se debe perder tiempo con las pequeñas, “no es costumbre pesar las monedas chicas, sino las de más valor”⁹.

⁶ El monográfico “Décider” de la revista canadiense Cahiers de Spiritualité Ignatienne (n. 121 janvier – avril 2008) ofrece un conjunto de estudios de interés sobre el discernimiento político. Puede verse también: J.B. Libânio, *Discernimiento y mediaciones sociopolíticas*, CCJ – EIDES, n.24.

⁷ Agustí Cortés Soriano, obispo de Sant Feliu de Llobregat, 06.12.2008.

⁸ *Regla*, capítulo 3.

⁹ *Tratado del amor de Dios*, libro VIII, capítulo 14.

Sin embargo, ni el discernimiento de las comunidades ni el ejercicio de la autoridad apoyado en el discernimiento de cristianos y cristianas es posible sin que todos tengamos un grado mínimo de experiencia personal de discernimiento evangélico. Y como el Nuevo Testamento nos enseña que el discernimiento es lo que cualifica a un cristiano como adulto (cf. Hebreos 5,12-14 Filipenses 1,9-11), nos hallamos ante un asunto que define la calidad de la vida cristiana y de la vida humana.

Ciertamente, adiestrarnos en el discernimiento, sobre todo en medio de la vida eclesial y social de hoy, es un desafío serio, pero también este reto nos coloca en la disyuntiva de apuntar hacia un cristianismo más o menos gregario y de poca significación en la sociedad actual o de recorrer pacientemente el camino de formarnos como individuos y como comunidades para la práctica de este discernimiento cristiano. Además, a quienes desempeñan distintos servicios de autoridad en la Iglesia, se les pide fe en la acción del Espíritu en las personas y en las comunidades, ya que el Espíritu no ha abdicado en la autoridad eclesial. Ciertamente estamos lejos de haber alcanzado un nivel aceptable en el camino de la verdadera corresponsabilidad en la Iglesia, pero si nos empeñamos en ello podremos ofrecer a la humanidad un tipo de comunidad humana, verdaderamente espiritual, al estilo de Jesús de Nazaret, de modo que seamos algo de sal de la tierra y luz del mundo. “Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias” (Apoc 2 y 3).

ACLARARSE EN EL CAOS DE LOS SENTIMIENTOS

1. Una primera pista

Cuando experimentamos bloqueos (desánimo, inseguridad, etc.) o estímulos interiores (ilusión, aliento, etc.). Conviene tener una cierta conciencia del sentido profundo de la propia vida. Hay dos situaciones típicas en las que conviene reaccionar de manera distinta.

** Si mi vida va "hacia arriba" (es decir, trabajo, me entrego, lucho, me levanto en mis fragilidades): conviene no hacer caso en absoluto de los "bloqueos" y seguir firme en el plan de vida asumido o en lo propuesto; en cambio, hay que aprovechar el "viento favorable" del aliento para seguir adelante con brío en el camino propio...*

** Todo lo contrario en el caso de una vida "pendiente abajo" (es decir, ando flojo en el trabajo y compromiso social, en mis obligaciones familiares, me dejo llevar por mis comodidades y caprichos, etc.): entonces, no fiarme de mi "paz" sólo aparente, de mi tranquilidad, que no sería más que conformismo y tranquilizante; en cambio, si recapacito un poco o alguien me abre un poco los ojos y esto me incomoda, prestar atención a esta "sacudida" interior, pues puede ser el comienzo de una recuperación, si reacciono generosamente...*

2. Sentimientos de tendencia destructiva y sentimientos de tendencia constructiva

2.1. De qué se trata. *Hay sentimientos que "empujan" en un sentido, más positivo o más negativo. Es un hecho y nada más. Estos sentimientos, en sí mismos, no son buenos y beneficiosos, ni malos y perjudiciales, todo depende como los encaje uno, como reaccione a ellos.*

a) Sentimientos "constructivos" o positivos. *Por ejemplo:*

** Un sentimiento interior de unificación de la propia vida; hago cosas muy distintas, me muevo por muchas partes, tengo relaciones muy distintas..., pero todo responde a una misma inspiración, no me siento disgregado. interiormente dividido...*

** Un sentimiento de plenitud: no sólo llevo una línea de vida buena y coherente con mis ideas, sino que experimento una cierta plenitud o gozo...;*

** Siento dolor por el sufrimiento ajeno, me siento como roto por la injusticia y la opresión de otros, pero no es sentimiento que me destroza (aunque doloroso), sino que me estimula al compromiso, a la acción...;*

** Sentimientos de paz, de serenidad, de gozo, de confianza en la gente, en el futuro...*

b) Sentimientos "destructivos" o negativos. Por ejemplo:

** Turbación e inseguridad interior en la vida familiar o en el trabajo; en las relaciones personales; en la vida de fe...*

** Tristeza y desánimo existencial: sentirse poco motivado, ver el futuro oscuro, decaimiento prolongado...*

** Oscuridad sin ver sentido a la vida o a las cosas, desconfianza, desengaño...*

** Sensación de soledad y de desamparo, sin que yo cuente para nadie, el peso de la edad y la aflicción por la pérdida de personas queridas...*

** Flojedad, pereza para moverme y sobre todo para una tarea mental o espiritual;*

** No sentir fe, ni confianza en las personas, sentirse decepcionado por las personas o por la vida...*

** Desesperar del futuro, creer que se ha vivido en vano, que el trabajo o los esfuerzos de la vida han sido inútiles...*

2.2. No se trata de "bien" o "mal". Estos sentimientos no tienen que ver necesariamente con mi buena o mala conducta. Muchas veces siento negativamente en momentos muy positivos de vida; en cambio, puedo sentir positivamente en momentos no tan buenos... Cuando estos sentimientos no tienen un calibre enfermizo (entonces hay que pedir ayuda a un psicólogo o psiquiatra), son "cosas que pasan a todo el mundo", un día u otro, una temporada u otra.

2.3 Cómo aprovechar estos estados de ánimo. En la vida vamos creciendo a través de situaciones como las descritas. Nada nos hunde fatalmente, ni nos salva sin nuestra libre decisión. Pero es importante:

** darse cuenta de lo que me pasa*

** saber interpretarlo*

** reaccionar a tiempo y bien.*

2.4. En sentimientos de tendencia negativa

a) Saber salir de la atonía. A menudo (aunque no siempre) nuestros estados de ánimo negativos son fruto de una línea de vida de flojera (en la relación de pareja, en el trabajo, en el cultivo personal, en la manera de tratar a los demás, etc.). Si sé reaccionar, iré viendo cómo se serenán las cosas, como recobro ilusión y empuje...

b) La verdad de mí mismo. Cuando después de tiempos lúcidos y de satisfacción siento como un eclipse interior (como si se me "fundiesen los plomos"), es buena ocasión para darme cuenta de que no soy una persona "super", que participo de la condición limitada y frágil de todo el mundo... No es para hundirse, sino para tocar más con los pies en el suelo y para cultivar el agradecimiento por todo lo bueno que uno ha vivido...

c) La gratuidad. Tenemos una tendencia a movernos por "interés": como tú me tratas bien, yo también a ti; como tú me ayudas, yo cultivo tu amistad; como tu me apoyas, yo te doy la razón... Pero lo más humano es superar las relaciones "mercantilistas" y pasar a las relaciones verdaderamente humanas, que son desinteresadas y gratuitas. Yo trabajo porque me interesa que las cosas funcionen bien, yo te apoyo porque eres persona, yo te respeto porque eres digno de ello, yo me entrego a la acción social porque quiero una sociedad más justa aunque no me aporte "ventajas"... Progresar en el "arte de amar".

d) Fe y confianza. No hay vida sin fe, que es seguridad de lo que no se ve. Los momentos "negativos" a menudo son momentos de oscuridad. Tiempo propicio para desarrollar la fe, tan necesaria en las cosas humanas: fe en la gente, fe en la vida, fe en el fruto (quizá oculto) de mi trabajo, de mi honradez... Una fe que se transforma en confianza en las personas y esperanza en el futuro. Esto es la base de la "utopía", en su sentido más verdadero y noble: la captación de lo que ya existe, aunque embrionariamente, pero oculto...

e) ¡No cambiar el rumbo! El estado de sentimientos "destructivos" es como la situación de niebla... No cometer el disparate de "salirse de la carretera" para probar otro itinerario. ¡No cambiar nunca las decisiones en este momento!

2.5. En sentimientos de tendencia positiva

a) Ser agradecidos... con hechos. Acoger con gratitud estos momentos... Saber sacar partido de estos momentos de "viento favorable": "recuperar tiempo perdido", poner más interés en el

trabajo, más dedicación al servicio de los demás, dar más calidad a mi vida...

b) Llamada a la sencillez. Hay personas que son muy "humildes" cuando se sienten mal, pero cuando se sienten fuertes... no hay quien las aguante (orgullo, menosprecio, pisar fuerte...). Los momentos en que uno se siente "entonado", son los más propicios para progresar en la sencillez: no "creérselo", no andar dando lecciones, comprender a los demás, etc.

c) Solidaridad. La vida da tumbos: a veces me hallo en plena forma y en otros momentos hundido... Quizá al vecino le pase al revés... Nadie recibe los dones como "propiedad privada", pues existimos como familia humana, "somos" solidarios y esto hay que traducirlo en decisiones personales. Es decir hemos de "obrar" solidariamente... Cuando me dominan los sentimientos positivos es el gran momento para aportar a los demás (familia, grupo, acción social, etc.): seguridad, ilusión, iniciativas, apoyo, etc. Siempre: sin andar por la vida dando lecciones...

d) El sol existe, porque lo he visto. Como en la vida se da alternancia de períodos luminosos y períodos oscuros, es importante grabarse bien en la memoria todo lo que uno ha vivido de luz y gozo. Luego, cuando lleguen los momentos de "eclipse", uno puede decirse: esto no es todo, porque también existe la alegría, la paz, la confianza... Este "recuerdo" me dará aliento para seguir luchando, trabajando, para perseverar... Y, un día, veré de nuevo el sol...

2.6. Tres consejos finales.

** Ante el miedo: plantar cara con decisión, porque es un fantasma...*

** En los momentos de debilidad personal (problemas de familia, de pareja, dificultades personales, defecciones e incoherencias que me hundan...): comunicarse con alguna persona madura y de confianza...*

** Conocer bien los puntos personales flacos: por este flanco me pueden venir los fallos en la vida...*

3. Y Dios ¿dónde está? *Es una pregunta que puedo hacerme, porque hasta ahora no se ha mencionado. Es que todo, para el creyente tiene una interpretación de fe. Dios, en efecto, creemos que está presente en nuestra vida y conduciéndonos hacia el*

bien. Por tanto, en la medida que capto el aire positivo o negativo de mis sentimientos y trato de reaccionar en un sentido u otro (según lo expuesto) respondo a la acción de Dios en nuestra vida...

DISCERNIMIENTO CRISTIANO

1. *El por qué del discernimiento*
 - 1.1. *La vida cristiana no es una vida bajo la ley, sino bajo la gracia (Rm 7,6). La gracia es una ley viva, la de Cristo, la del Espíritu (Rm 8,1-13). La letra mata (2Cor 3,6), incluso la del evangelio como exterior a la persona.*
 - 1.2. *El seguimiento de Cristo es una vida de creatividad en el Espíritu (Jn 14,26; 16,12-13). En este camino abundan las encrucijadas donde hay que clarificarse y optar (1Jn 4,1). Es, pues, necesaria una capacidad para interpretar la voz del Espíritu para tomar decisiones acordes con ella.*
 - 1.3. *En el cristianismo se unen la religión de autoridad con la religión de llamada (Marcel Légaut).*
 - 1.4. *Por tanto, la persona cristiana que ha llegado a la madurez es la persona capacitada para discernir (Hb 5,11-14).*

2. *Qué es el discernimiento*
 - 2.1. *Según el texto capital de Fl 1,9-10:*
 - *Es madurez del amor (agápe),*
 - *que se despliega en un conocimiento que es la sabiduría de Dios manifestada en el misterio pascual (epígnosis),*
 - *que capta la acción y voz de Dios con una especial sensibilidad (aísthesis)*
 - *y así es capaz de discernir (dokimádsein) las diferencias.*
 - 2.2. *La cualidades del discernimiento cristiano:*
 - *Conocimiento particular y práctico,*
 - *intuitivo y por connaturalidad,*
 - *oscuro, no evidente,*
 - *parte del centro de la persona e implica toda la existencia personal.*
 - 2.3. *Algunas exigencias:*
 - *La conversión de corazón: mal y afectos.*
 - *La asimilación de los valores del Reino de Dios.*
 - *La identificación con Cristo pobre y humilde.*
 - *Una nueva sensibilidad.*

3. *La aportación ignaciana*

- 3.1. *Un nuevo carisma en la Iglesia: “siempre los santos y santas han tratado de hacer la voluntad de Dios, pero con Ignacio aparece con nuevo relieve la importancia no sólo de hacerla, sino de buscarla” (Henri Brémond).*
- 3.2. *Ignacio une su experiencia personal con una excelente asimilación de la tradición cristiana precedente y elabora en los Ejercicios Espirituales una mistagogía del discernimiento de mociones y pensamientos y de la elección.*

DISCERNIMIENTO EN COMÚN

1. *“Quien tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las comunidades...” (Ap 2 y 3).*
 - 1.1. *Dios no sólo habla a los individuos, sino a las comunidades. El discernimiento comunitario es, pues, algo esencial a la vida de la comunidad cristiana, al servicio del reinado de Dios que se realiza en una historia concreta y cambiante. Como consecuencia, aunque no haya que hacer procesos de discernimiento muy a menudo, el espíritu de discernimiento debería impregnar la vida de las comunidades cristianas e informar sus distintas reuniones.*
 - 1.2. *Las primeras comunidades cristianas no sólo se reunían para celebrar la eucaristía, sino para escuchar al Espíritu y tomar decisiones compartidas:*
 - *Para resolver problemas de la vida interna de la comunidad (Ac 1,15-26).*
 - *Para la distribución de los ministerios o servicios distintos (Ac 6,1-6).*
 - *Para decisiones de evangelización (Ac 13,1-3; 14,27).*
 - *Para buscar salida a los conflictos comunitarios de mentalidades y evangelización (Ac 15,1-35).*
 - 1.3. *Según Pedro Arrupe, el discernimiento comunitario es “una búsqueda corporativa de la voluntad de Dios partiendo de una reflexión participada sobre los signos capaces de indicar hacia donde impulsa el Espíritu de Cristo”*
2. *Algunas condiciones del discernimiento comunitario*
 - 2.1. *Sentido de pertenencia y corresponsabilidad.*
 - 2.2. *Deseo de buscar la voluntad de Dios en común.*
 - 2.3. *Crear en la mediación del hermano o hermana.*
 - 2.4. *Convicción de que se trata de un proceso hermenéutico, no de un simple debate.*

- 2.5. *Superar el espiritualismo y vivir una espiritualidad integradora de todas las dimensiones de la persona y de la realidad social.*
- 2.6. *Las personas participantes deben tener práctica del discernimiento individual con todas sus exigencias.*
3. *La práctica del discernimiento comunitario: Hay formas muy variadas de practicar el discernimiento comunitario. Esta diversidad depende de los carismas de los grupos y de la complejidad mayor o menor de las situaciones. En la tradición ignaciana tenemos un modelo típico en la “Deliberación de los Primeros Padres” (1539).*

CASO PARA EJERCICIO DE DISCERNIMIENTO ORANTE

El Equipo Directivo del Colegio San Luis Gonzaga va a considerar, en reunión convocada para ese fin, el siguiente caso: María, profesora del colegio desde hace 12 años del área de lengua, hace ya un tiempo que está generando cierto grado de conflictividad en el claustro y entre algunos de los alumnos a su cargo. Dicha situación en algunas ocasiones se hace insostenible por lo que en el Equipo Directivo se plantea la posibilidad de prescindir de los servicios de esta compañera.

El Director del colegio presenta la situación de modo que todos los miembros del Equipo Directivo tengan la información pertinente y puedan ayudar a tomar la mejor decisión.

En el último curso María ha bajado de manera considerable su rendimiento profesional. Llama la atención su poca participación en las reuniones de departamento y sus reiterados retrasos en las fechas de entrega de calificaciones y planificaciones de materia. Unos compañeros dicen que va por libre. También algunos alumnos han manifestado cierto desinterés en las clases y un poco de mal carácter sobre todo en los últimos meses.

María era de las que participaba asiduamente en la Comunidad Apostólica, sin embargo, desde hace dos trimestres siempre tiene alguna excusa para no asistir y, cuando lo hace, tiene una actitud pasiva e incluso crítica.

María es uno de los miembros más antiguos del claustro y tiene un buen bagaje ignaciano fruto de su participación en diversos planes de formación en Salamanca y Loyola.

Con los Padres de Familia mantiene una buena relación y es respetada su opinión por parte de los miembros de la APYMA.

El director comenta que, a nivel familiar, María pasa un mal momento por la separación de una de sus hijas y por las

dificultades económicas de su marido que, dueño de un pequeño negocio, ve que tendrá que cerrar corto plazo.